

cantes de Cádiz fueron edificando hacia el oeste del castillo y dando principio á la población actual, que ya en 1686 llegó á contar unos 300 vecinos; y luego Carlos III, trasladando á ella el Departamento de marina, le dió nuevo y decisivo impulso. Desde entonces se denominó *villa de la real isla de León*. Los generosos esfuerzos que hizo durante la guerra de la Independencia española, le valieron el título de *ciudad de San Fernando*, concedido por las Cortes de la nación que en 1810 celebraron en ella las primeras asambleas constitucionales.

Solo un edificio de arquitectura greco-romana bastarda, que habiendo sido convento de *Carmelitas Descalzos*, se halla hoy transformado en parque y cuartel de artillería, nos presenta en San Fernando un templo del siglo xvii, por otra parte desnudo de interés. Todos los demás edificios religiosos y piadosos, el *Hospital de San José* (del año 1768), la *Iglesia parroquial de San Pedro y San Pablo* (del año 1760 al 1767), la castrense de *San Francisco* (del 1744), pobre y deteriorada á punto de no discernirse apenas si es casa ó templo, son de mala época é insulsa arquitectura pseudo-clásica. La iglesia parroquial ofrece, no obstante, regular aspecto: está orientada, contiene tres desahogadas naves, y su fachada se ostenta flanqueada de torres.— Los aficionados de la ciudad muestran con preferencia al forastero las *Casas Consistoriales*: su estilo es el consabido greco-romano de mediados del siglo pasado; pero en la disposición y decoración de los miembros arquitectónicos hay cierta valentía y grandiosidad. Parécenos lo más digno de elogio en este edificio la ciencia que revela su construcción, en que se advierten soberbios cortes de piedra, y es lástima que esté su segundo piso sin concluir. Su autor fué el afamado don Torquato Cayón, á quien vimos dirigir en cierta época la obra de la catedral de Cádiz, y que al morir dejó á la Isla de León la casa en que vivía, para capilla de *San Antonio* (1).—Carece la población de buenos edi-

(1) Otro arquitecto de gran reputación en la segunda mitad del siglo xviii,

ficios privados: su caserío se construyó en gran parte con mucha precipitación, y más como pasajero atrincheramiento que como viviendas permanentes, cuando se refugiaron en la Isla durante nuestra guerra con los franceses todas las familias de las otras poblaciones, asediadas juntamente con el supremo gobierno y el ejército. Tienen la *calle Real* y la del *Rosario* regulares y bien alineadas fábricas; la plaza de las *Tres Cruces* es un hermoso paseo; pero hay en San Fernando más de 500 casas en estado ruinoso, y el aspecto general revela con harta elocuencia el triste decaimiento de una ciudad que ya no tiene más riqueza que los plateados pilones de sus salinas.

Dejamos ahora á la derecha los caños de Herrera y del Arillo, la llamada *Torregorda*, junto á la cual aún duran restos de un reducto levantado por nuestros aliados los ingleses, y la prolongada lengua de tierra del camino de Hércules (*via Hercule* de los romanos), que, con su célebre *Cortadura*, compara el ingenioso Fernán Caballero (1) á un brazo con su pulsera extendido para asir el blanco nido de gaviotas tan denodadamente labrado entre las olas, llamado Cádiz. Dejamos enfrente, á la extremidad de la Isla de León y en la desembocadura del Sancti-Petri, el castillo de este nombre que sobre la dura peña combatida por las olas edificó don Alonso el Sabio; y emprendemos una segunda correría por los pueblos del sudoeste de la provincia desde Chiclana hasta el cabo de Trafalgar.

CHICLANA.—En los tiempos en que Cádiz era el Rotschild de las ciudades, dice con su graciosa espontaneidad el mencionado Fernán Caballero, en aquellos tiempos en que hacían los comerciantes de dicha ciudad la vida de rumbo con la grandeza propia de embajadores, la mayor parte de ellos tenían casas de

don José Prats, autor de la suntuosa capilla de Santa Tecla de la Catedral de Tarragona, florecía también en la Isla de León en 1789 construyendo la iglesia y casa de los Guardias Marinas, en cuya obra le sorprendió la muerte al año siguiente. Véase el Apéndice al tomo IV del Llaguno.—Cap. LVIII.

(1) En su lindísima novela *No transige la conciencia*.

campo en Chiclana, que se labraban y amueblaban con extraordinaria riqueza y gusto. Los hombres dedicados á los negocios se holgaban de abandonar en algunas temporadas del año aquella estrecha cárcel cercada de agua, para ir á respirar las embalsamadas auras de los montes de Vejer y Medina-Sidonia y á refrigerarse en animadas partidas de campo con las saludables aguas minerales del *pozo de Braque* y de la *Fuente amarga*. Así la villa de Chiclana, que no figura en la historia de nuestro país hasta tiempos muy modernos (1), debe su actual existencia á la justificada predilección de las opulentas familias gaditanas que han hecho de ella su Capri, su Vulturno, su Frascati; y esta predilección es la que la ha engalanado con sus dos mil casas blancas como la nieve, limpias y aseadas, sus espaciosos jardines, su deliciosa alameda de paraísos, sus numerosos y elegantes edificios de piedra sillería ordenados en anchas y bien alineadas calles, las cuales, divididas por el Lirio que corta por medio la población como un cuchillo de plata, se tienden en un florido llano entre las dos colinas de *Santa Ana* y del *castillo de Tiro*. Llámense los dos barrios que el río divide la *Banda* y el *Lugar*, y la Alameda es la hermosa franja que los contorna á la vera de su corriente.—Pero como no hay sociedad posible sin aspiración al bien moral, y no hay progreso moral sin amor, dolor y sacrificio, y sin religión que los santifique, la alegre villa ha albergado en su seno templos para orar, monasterios en que llorar desengaños, casas de caridad en que aprender; y entre los primeros descuellan, en el Lugar, la iglesia de *San Juan* (2), en la Banda, la de *San Sebastián*; entre los conventos, el de *Frailes Agustinos de San Telmo*, cuya casa ocupa hoy el Ayuntamiento, sirviendo su iglesia de parroquial cas-

(1) El primer acontecimiento memorable que registran sus anales, es la sangrienta batalla dada en su término el día 4 de marzo de 1811 entre las tropas españolas mandadas por el general La Peña, y las francesas á las órdenes del mariscal Victor, duque de Bellune.

(2) Es obra del arquitecto ya otras veces citado, don Torcuato Cayón de la Vega, pero su arquitectura no pasa de la línea de lo común.

trense, y el de *Monjas Agustinas Descalzas*; y entre los establecimientos piadosos, la *Casa de Misericordia*, edificio magnífico, situado casi en el centro de la población, con extenso jardín y huerto, y el *Hospital de Jesús*. Estas construcciones son modernas y sin interés para nosotros; no así la ruinoso torre morisca que hace pocos años dominaba la colina que lleva el nombre de *Castillo*; no así la linda capilla circular de *Santa Ana*, que, despojada ya de la columnata circular que la rodeaba, descuella en la colina opuesta.

CONIL.—Llégase á esta villa siguiendo los solitarios y silvestres pinares que cubren á trechos los arenales tendidos desde Chiclana á Trafalgar, y dejando á la derecha en la desierta costa la loma de Barrosa, de glorioso recuerdo para las armas de nuestros aliados en 1811 (1). Conil fué edificado por Guzmán el Bueno: era famoso por sus almadrabas, que atraían la animación de las poblaciones vecinas en los meses de Mayo y Junio, época de la pesca de los atunes.—Aunque para sus veinte casas tiene tres barrios, y además de su iglesia parroquial de Santa Catalina tiene cuatro ermitas; lo único que en él nos interesa son las ruinas del pueblo de Conilete, que se descubren á cosa de un cuarto de legua hacia el Este, y los restos del palacio de su famoso poblador. Conilete conserva gran parte de la muralla que circunvalaba la villa, y dos baluartes evidentemente construidos para defensa de los pobladores contra los continuos desembarcos de los moros en esta costa. El palacio de Guzmán el Bueno ha perdido todo su carácter con la reedificación moderna de su torre. Otro palacio ruinoso, con su capilla, se divisa al norte de la huerta de Hardal: dicese que era el abrigo de los duques de Medina-Sidonia, marqueses de Villafranca, contra las repentinas algaradas de los infieles.—Otros vestigios de población mucho más antigua se advierten en aquellos contornos.

(1) El general Graham derrotó aquí con fuerzas muy inferiores á las divisiones de Ruffin y Laval, mandadas por el mariscal Victor en persona.

TRAFALGAR.—El antiguo *promontorio de Juno* (1), mudó su nombre en tiempo de los árabes por el de *promontorio de la Caverna* (*Taraf-al-ghár*). La desolación y el abandono reinan en torno de este mudo testigo de la destrucción de nuestra marina en 1805: el suelo permanece sin cultivo bajo los rayos de un sol ardiente y vivificador, como llevando el luto de aquel gran desastre, y solo las plantas silvestres y los zumbadores insectos recuerdan al viajero que la poderosa naturaleza no abandona nunca la tarea prodigiosa de la reproducción.

Al Este del cabo Trafalgar, que vió correr la sangre de Nelson y de Gravina y hundirse en los mares el astro de la gloria marítima de España, ya decadente desde el año 1588, están los Caños ó Altos de Meca que han presenciado cómo se sepultaron en las arenas los restos de Bessipo (2).—Llegamos al río Barbate, y subiendo contra su corriente contornada por un ramal que la sierra de Medina-Sidonia envía al Océano, vemos adherida á la vertiente de una áspera colina, como el insecto de la grana á la coscoja, tan abundante en Conil y Chiclana, la morisca villa de

VEJER DE LA FRONTERA. — (*Bekkeh* de los sarracenos, y en el xvi *Bejer de la miel*). El término que desde su altura se registra, está todo poblado de naranjales, huertas y dehesas, y repartido en sierra, campiña y costa de mar. Apenas hay lugar en Andalucía que tenga mejor tierra. Nada más encantador que los vallecillos regados por las innumerables fuentes del río Barbate; nada más poético que las orillas, pobladas de extraordinaria variedad de pájaros, de la *Laguna de la Janda*, donde se dice que comenzó la funesta y épica batalla terminada en el Guadalete. — Tiene Vejer una iglesia parroquial, *San Salvador* (3), y otros dos templos, *San Miguel* y *Nuestra Señora*

(1) V. las pág.^{as} 81 y 182.

(2) V. la página 181.

(3) Iglesia curiosa del siglo xv ó principios del xvi, románico-morisca en parte, y en parte ojival, no muy bien tratada en las restauraciones de que fué objeto hace unos 15 años.

del Rosario, y en sus afueras, más notables como atalayas que como edificios, las cuatro ermitas de la *Oliva*, *San Ambrosio*, *San Paulino* y *Santa Lucía*.—Esta villa era señorío de los duques de Medina-Sidonia, que hacían en su término gran cosecha de miel, y tenían en la costa más cercana las famosas almadrabas de Zahara y Castelnovo. Su caserío conserva no pocos restos de construcciones sarracenas, pero el viajero que se hospeda en la miserable venta cercana al puente, cuando llega fatigado á lo alto de la colina bajo el sol abrasador de Mayo, no se detiene á dibujar y describir viejas portadas, patios, ventanas y cornisas.—En la salida del Barbate á la mar, duraba en el siglo xvii una fortaleza construida para defender á esta tierra de las galeotas de los moros.

Vamos ahora á visitar otras poblaciones del interior. Comenzando nuestra correría en Medina-Sidonia, pasaremos á Alcalá de los Gazules: de aquí, en línea recta hacia poniente,— que la imaginación no respeta montañas ni barrancos,— nos encaminaremos á Jerez por Paterna; desde Jerez, siguiendo otra línea con dirección al nordeste, pasaremos á Arcos de la Frontera y Bornos, cruzaremos el Guadalete, é iremos á Zahara y Olvera; de este punto bajaremos en línea perpendicular á Gibraltar por Grazalema, Ximena y Campo de San Roque. Después costearremos la bahía de Algeciras, y por último, daremos una ojeada á Tarifa, desde donde zarparemos con dirección á Rota. Situada por segunda vez á la entrada de la bahía gaditana, nos prepararemos para otra excursión no menos variada y fecunda en recuerdos de los buenos tiempos pasados.

MEDINA-SIDONIA. — Esta ciudad, célebre por sus dehesas y ganados, y cabeza del señorío ducal de los descendientes de Guzmán el Bueno, á quienes pertenecía toda la tierra entre el Guadalete y el Guadiaro, tiene una noble historia. Después de caer España bajo el yugo sarraceno, siguió siendo entre los cristianos y mozárabes la capital del Obispado. Tuvo preladados de gran sabiduría, como Esteban, tío y maestro de Juan

obispo de Córdoba, en el siglo x. Huyendo de la persecución de los almohades, el obispo asidonense se vió en la precisión de refugiarse en Toledo, y quedó la grey cristiana sin su pastor, imposibilitando luego la restauración de la Sede las invasiones de los terribles normandos. Pero llegó la época del desquite. Don Alonso VII de Castilla y don Alonso VII de Aragón (*el Batallador*), hicieron en el primer tercio del siglo xii terribles incursiones por la tierra de Andalucía, hasta el punto de que el segundo, pasando por Guadix y Salobreña, tuvo el capricho de darse al mar, que nunca antes había visto, en un esquife, en el cual comió de su propia pesca. Creció el brío de los Estados cristianos: cayó en poder de Alfonso VIII la fortaleza de Calatrava, que defendía el esforzado caudillo sarraceno Abul-Hegiag-ben-Cáliz, y la muerte cruel é injusta dada á éste por el Amir almohade de tal manera le hizo odioso á sus súbditos, que cuando llegó para el Islam el gran conflicto que lleva en la historia el nombre de *batalla de las Navas de Tolosa*, en lo más recio de la refriega, los caudillos andaluces y sus valientes tropas, cubiertas de polvo y sangre enemiga, desampararon al Amir, volvieron riendas y se alejaron del campo. Pero Medina-Sidonia por su fuerte posición podía aún por algún tiempo sostenerse contra los embates de los ejércitos cristianos, aunque los acaudillasen paladines tan esforzados como el Infante don Alonso de Molina, Alvar Pérez de Castro y los Pérez de Vargas, vengadores de la honra de España en la memorable batalla de Jerez, junto á las márgenes de aquel mismo Guadalquivir donde la perdió Rodrigo; si bien forzosamente había de rendirse al cabo, después que Fernando III hubiese ceñido los laureles de Córdoba, Écija, Carmona y Sevilla, y hecho tributarias á Jerez, Alcalá de los Gazules, Vejer, Puerto de Santa María, Cádiz, Rota, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y Arcos.

Conquistadas luego estas mismas poblaciones tributarias por el rey don Alonso X, entró Medina-Sidonia en la suerte común, y fué repoblada y favorecida con señalados privilegios, á

los cuales debió sin duda la importancia que revelan sus *Casas Consistoriales*, su *Pósito* y sus templos.

Hállase situada sobre un cerro espacioso, á cuyo tope convexo se ajusta su blanco caserío como un turbante á una cabeza de musulmán, pero su antiguo castillo no domina ya en la cima que aún lleva el nombre de *Mota de Medina*. Fueron sus torres desmochadas y sus adarves demolidos por orden de Carlos V. «Desde allí, como dice el buen Horozco, es de mucha »recreacion i gusto extender la vista, i ver á una parte ásperas »i grandes sierras que por Ronda entran en el reino de Granada, i á otro lado el estrecho de Gibraltar i Tarifa, con lo que »de África está frontero, luego el espacioso i ancho mar, sus »riberas, la isla de Cádiz, la bahía i todos los demás lugares, »sus vegas, sus campos i heredamientos.» Pero hace Ford, hablando del aspecto de Medina, una reflexión muy exacta, aunque poco lisonjera: «esta ciudad (observa) es un sepulcro blanqueado en que todo es decadencia y letargo.—Lo mismo puede »decirse de muchas de estas enriscadas y fortificadas poblaciones, que, doradas por un sol ardiente y pintorescas por su »forma y posición, aparecen como moradas de felicidad y placeres vistas por el cristal engañoso de la distancia: mas desvanécese toda ilusión cuando se penetra en sus, más que casas, »cavernas, donde imperan el desaseo, la pobreza y la ruina. La »realidad, que sigue como la sombra á toda lisonjera perspectiva, »oscurece el hermoso y poético sueño de la sobreexcitada fantasía (1).» —El arruinado castillo de Medina nos trae á la me-

(1) No hay mayor contraste, añade el citado viajero, que el que ofrecen los pueblos del mediodía de España según las variaciones del tiempo: lo mismo que en Oriente, son todo ceno y miseria durante las lluvias invernales; pero sale el sol, y todo aparece dorado. Igual efecto produce la sonrisa en el semblante de la mujer andaluza, por lo común melancólico, que lo aclara é ilumina. Felizmente en Andalucía la regla general es el buen tiempo, y no la excepción como en el norte. El sol bendecido ama la pobreza, y su acción estimulante y regocijadora vigoriza al hombre y le fortalece para sobrellevar los males morales á que, sin duda por compensación, parecen más afectos los países favorecidos por el clima que aquellos otros en los cuales el cielo está siempre nublado y los vientos son más fríos.

moria sangrientos recuerdos: en él vivió retirada, huyendo de la venganza de la reina doña María y de don Pedro el Cruel, la hermosa favorita del caballeresco don Alonso XI; en él encerró el mismo don Pedro (en 1361) á la infortunada doña Blanca de Borbón, la María Stuardo de nuestro romancero, y en él la hizo dar muerte. Aún parece que vaga por entre aquellos argamasones cubiertos de yerba un eco perdido del triste lamento de la reina, recogido por la tradición y formulado en sentido romance por la Musa popular:

¡Oh Francia, mi noble tierra!
 ¡oh mi sangre de Borbón!
 Hoy cumplo decísiete años
 y en los deciocho voy:
 el rey no me ha conocido;
 con las vírgenes me voy.
 Castilla, di, ¿qué te hice?
 yo no te hice traición.
 Las coronas que me diste
 de sangre y suspiros son;
 mas otra terné en el cielo
 que será de más valor! (1)

Los restos del demolido castillo se emplearon, juntamente con piedra del Jardal, en la construcción de una de las iglesias parroquiales, la de *Santa María la Coronada*: al menos no se profanaron aquellas piedras santificadas por la sangre de una reina mártir!—La arquitectura de esta iglesia es una curiosa muestra del apego de nuestros arquitectos del Renacimiento á las antiguas formas del sistema ojival: siendo gótica su estructura, las bóvedas de crucería descansan en delgadas columnas istriadas. La torre y la portada son modernas: mide aquella 153 pies de altura; ésta, toda de mármol blanco, con métopas y otros ornatos de mármol negro, se compone de dos cuerpos, dórico el inferior, y el superior jónico.—Hay otra parroquia de-

(1) Romance n.º 972 de la Colección de Durán.

dicada á *Santiago* en la plaza de este nombre; y en la plaza de las Monjas está la casa del duque de Medina-Sidonia, aquí con más razón que en Sevilla verdadero *señor del lugar*.—La llamada *Silla de pan decimal* es una fábrica sólida situada en la plaza de San Francisco, que sirve de Pósito, capaz de contener veinte mil fanegas de trigo.—Las *Casas Consistoriales*, son un edificio greco-romano, construido también de piedra del Jardal, de dos órdenes, toscano y dórico; cuya fachada coronan las armas de la ciudad.

Á unas dos leguas al nordeste, casi en medio del nudo que forman las sierras de Gazules, de Ubrique y de Medina con el puerto de las Suterías, tenemos la población que fué en la Edad-media cabeza del ducado de Alcalá, perteneciente á los marqueses de Tarifa, y que lleva el nombre de

ALCALÁ DE LOS GAZULES.—La antigua villa estuvo sobre un elevado cerro rodeado de otros menores, donde aún se conserva parte de la muralla primitiva con las puertas que el vulgo llama hoy *Nueva y de la Villa*. Alcalá de los Gazules tenía en tiempo de la dominación sarracena su régulo independiente. De la pavorosa mansión donde éste se cernía como el águila sobre la presa, sólo queda un torreón medio destrozado, porque el castillo, que habían conservado los marqueses de Tarifa, fué habilitado y guarnecido por nuestras tropas durante la guerra de la Independencia, y los franceses lo tomaron y lo volaron en 1811.—La población nueva está echada sobre la vertiente del cerro de los Arios, todo coronado de viñedos, como una pantera de líneas onduladas recostada en el regazo de un sileno.—Esta población ofrece más vestigios del arte de los siglos xv y xvi que muchas ciudades de las que venimos recordando desde nuestra salida de Cádiz. En su plaza de San Jorge (vulgarmente llamada *de la Constitución*) está la iglesia mayor, con su torre ceñida al pié por una espaciosa grada de mármol. Esta parroquia, que no conserva del siglo xv más que una portada ojival cuajada de lindas estatuillas, fué la iglesia en que, por

concesión del Papa Clemente VII otorgada al primer marqués de Tarifa, se refundieron las tres antiguas parroquias, más bien ermitas, de *San Vicente mártir*, *San Ildefonso* y *San Forge*, que subsistían en el siglo XVI. Otra portada que tiene es corintia (del año 1739): dórico y toscano el interior del templo; de orden compuesto la sillería del coro; las gradas de éste y del altar mayor, de jaspe negro de Peña Jarpa; la torre, elevada 37 varas, es de ladrillo, con un remate de azulejos del más pintoresco efecto.—El mencionado marqués de Tarifa fundó á principios del siglo décimosexto el convento de *Dominicos de las Sagradas Llagas*, edificio tan majestuoso como su templo, que el patriotismo pigmeo de nuestros días, con sus acostumbradas bufonadas vandálicas, destinó á cuartel de la milicia nacional.—La propia época-madre del Renacimiento vió erigir en Alcalá el convento de *monjas de Santa Clara* (á mediados de dicho siglo XVI); y el convento de *Mínimos*, fundado extramuros de la población por el beneficiado don Alonso Cárdeno, que murió en el 1586, y trasladado luego al sitio que hoy ocupa con el nombre de *la Victoria*.—Merecen explorarse por la tradición de su grande antigüedad las construcciones de las ermitas de *San Vicente mártir*, de los *Santos Mártires*, y de la *Vera Cruz*. Nosotros no tuvimos tiempo ni medios para verificarlo.

Saliendo de Alcalá de los Gazules en dirección al noroeste, hallamos la villa moruna de

PATERNA, propia en los pasados tiempos de la casa ducal de Alcalá. Atravesamos las alturas que la separan de la cuenca del Guadalete, dejamos á la espalda, para volver luego á ella, una famosa Cartuja situada á la margen derecha de este río, y á cosa de tres cuartos de legua hacia el noroeste, vemos levantarse rodeada de cortijos, ranchos, dehesas, olivares, granjas y viñedos, y resguardada de los vientos boreales por una espléndida sierra, la aventajada rival de Xiraz de Persia.

CAPÍTULO XXXII

Continuación: Jerez de la Frontera



ESTA ciudad, cuyo nombre es arábigo (*Sherish Filistin*, ó *Xirás* de la tribu de los Filisteos), y cuyo antiguo caserío es también sarraceno, ocupa, mirada por la parte del mediodía, una elevada mesa entre dos vallados, á la cual se sube por una suave pendiente que termina al pié de su ya inutilizada muralla. Ceñía ésta la población en otro tiempo, principiando y concluyendo el recinto de lienzos y torreones en el Alcázar que descuella al sur; pero la antigua cerca, teatro de gloriosas hazañas en las guerras del siglo de San Fernando y don Alonso X, se halla hoy maltratada y aporillada, confundida y medio oculta entre las casas de la ciudad, cuyo ensanche la ha hecho reventar á trechos: y las vetustas almenas en aquella época regadas con generosa sangre, asoman echando en cara á los pacíficos idólatras de los intereses mate-